



የኢትዮጵያ ኦርቶዶክስ ተዋሕዶ ቤተ ክርስቲያን ሃይማኖትና ሥርዓት

The Ethiopian Orthodox Tewahedo Church Faith and Order

The Third Sunday of Zemene Fasika (*Paschal Season*)

Liturgical Readings:

Col. 3:1 –end; 1 Pet. 3: 15– end; Acts 11:1-19,

Psalm3:5—6;

John 24:33-49

The Anaphora of Saint Dioscorus

Él ha resucitado: El Vivificador de los muertos

En el Nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo, un solo Dios. Amén.

Amados en la Santa Alianza: Nos congregamos hoy bajo la sombra de un misterio tan profundo que hizo añicos las puertas de bronce y rompió los cerrojos de hierro. Celebramos el triunfo de nuestro Señor bajo el título “ተነሳ ሙታንንም አሰነሳ” — Él ha resucitado, y ha levantado a los muertos con Él. Este es el latido de nuestra fe ortodoxa; es el canto que San Yared, nuestra arpa del Espíritu, entretejió en la trama misma de nuestra liturgia. Él cantó con fuego celestial: “*Cristo ha resucitado, levantando a los muertos; Él ha soltado a los prisioneros y, por Su gran poder y autoridad, ha liberado a las almas*”. Aquel que ordenó a Lázaro salir del dominio de cuatro días de la corrupción, y Aquel que abrió los ojos de los ciegos por la sola autoridad de Su Palabra, ha pisoteado ahora a la Muerte con la muerte, haciendo del Sábado el día de Su gloriosa Resurrección.

Al recorrer el Evangelio según San Lucas, encontramos a los viajeros de Emaús regresando a toda prisa a Jerusalén, con sus corazones ardiendo por el fuego del reconocimiento. Llegaron para hallar a los Apóstoles exultantes en una verdad que el mundo no podía contener: “*Ha resucitado el Señor verdaderamente, y ha aparecido a Simón*” (Lucas 24:34). No se trataba de un fantasma o una aparición espectral, ni era la mentira fabricada por las temerosas autoridades de Judea. Era la presencia física y glorificada del Verbo Encarnado. Nuestro Señor entró en el aposento cerrado, poniéndose en medio de ellos como el Soberano de la Paz, invitándoles a contemplar Sus llagas —la certificación de Su identidad y los trofeos de nuestro rescate. En este sagrado encuentro, Él comió delante de ellos, probando que el cuerpo que fue quebrantado en el Madero es el mismo cuerpo que ahora respira el aire de la Nueva Creación. Él abrió el entendimiento de ellos, comisionándoles para ser testigos de estas cosas desde Jerusalén hasta los confines de la tierra (Lucas 24:33-49).

Esta Resurrección no es solo de Cristo; es la amnistía general para toda la estirpe de Adán. Las Santas Escrituras nos enseñan que Su muerte fue nuestra muerte, y Su Resurrección es nuestra resurrección. No solo esperamos un evento futuro; habitamos una realidad presente. Como el Gran Apóstol Pablo exhorta a los Colosenses: “*Si, pues, habéis resucitado con Cristo, buscad las cosas de arriba, donde está Cristo sentado a la diestra de Dios*” (Colosenses 3:1). Se nos ordena poner nuestra mira en las cosas de arriba, pues hemos muerto al viejo orden del pecado, y nuestra vida está ahora escondida con Cristo en Dios. Fuimos sepultados con Él en el bautismo, y por la fe en la potencia de Dios que Le levantó de los muertos, fuimos vivificados juntamente con Él (Colosenses 2:12).

Esta “Primera Resurrección” es el despertar del alma, la *Tinsae Libuna*, donde la Iglesia se yergue como testigo vivo del poder de la gracia. Aunque los burladores y los incrédulos clamen que no hay resurrección de los muertos, o que el poder del sepulcro permanece invicto, la Iglesia se mantiene sobre el fundamento inamovible de la Palabra. Si Cristo no resucitó, nuestra predicación es un eco vacío y nuestra fe una vid marchita; ¡pero Cristo verdaderamente ha resucitado, Primicias de los que durmieron! (**1 Corintios 15:14-20**). Este fue el mensaje que impulsó a San Pedro a defender la esperanza que había en él con mansedumbre y reverencia, testificando que Cristo, siendo muerto en la carne pero vivificado por el Espíritu, fue y predicó a los espíritus encarcelados (**1 Pedro 3:15-19**). Fue este mismo Espíritu el que descendió sobre los gentiles, como San Pedro relató a los hermanos en Jerusalén, probando que Dios ha concedido a todos los pueblos el arrepentimiento para vida (**Hechos 11:1-18**).

El Rey-Profeta David previó este reposo y este levantamiento divino cuando cantaba en los Salmos: *“Yo me acosté y dormí, y desperté, porque Jehová me sustentaba. No temeré a diez millares de gente, que pusieren sitio contra mí”* (**Salmo 3:5-6**). Cristo, el Nuevo Adán, se acostó en el sueño de la muerte, pero despertó por Su propio poder divino, convirtiéndose en el orgullo de las naciones y la fortaleza de los débiles. Al pisotear el sepulcro de Adán, Cristo aisló a la Muerte y destruyó la desolación del Seol.

Amados, en Su Resurrección hallamos nuestra vida. Esperamos la resurrección de los muertos y la vida del mundo venidero. Cristo ha trazado el camino de la justicia; Él ha cambiado nuestro lamento en un baile de eternidad. Por tanto, vivamos como quienes verdaderamente han resucitado, despojándonos del viejo hombre con sus hechos y revistiéndonos del nuevo, el cual conforme a la imagen del que lo creó se va renovando hasta el conocimiento pleno.

Gloria a Dios, que levantó a Su Hijo y, a través de Él, nos levantó a todos nosotros. Amén.